

Capítulo 5: Strathcona

Vuelta a la consciencia. Sabor metálico. La sangre volvía a fluir por sus venas cainitas. El cuerpo se reiniciaba y recomponía, regenerando los tejidos y recuperando rápidamente la energía que le permitía seguir no muerto. Primera visión, un amigo. Sentimiento de hermandad, moriría por él definitivamente si fuese necesario. Lupus. La estaca yacía en el suelo bañada en su propia sangre, dibujando un camino de muerte dejado atrás, pasado de largo una y otra vez gracias a la inmortalidad que era ahora su condición de existencia. Junto a él, el cuerpo de un acólito de los tremeré, que había servido de revitalizante.

-Tienes que ver esto, amigo. – El gángrel antitribu parecía divertido, expectante y muy animado, como casi siempre. - No puedes perdértelo, ahora el alma de esa zorra tremere pasará a fortalecer la manada. Pantera va a diabolizarla.

Quatemoc miró a los lados intentando hacerse una idea de su entorno. Volver de torpor era una sensación a la que no muchos vástagos se acostumbraban, pero los ritos de iniciación de la secta y en concreto, los entrenamientos de la Mano, hacían del assamita antitribu un cainita especialmente preparado para ello.

-Seguimos en la capilla ¿Recuerdas? Bajo la pirámide de cristal. – Lupus pareció darse cuenta de que podía estar un poco desorientado. -Hemos acabado con la usurpadora. Después de que cayéramos en sus cobardes trampas, Pantera le dio un poco de su propia medicina. La engañó privándole de todas sus defensas y La Bestia acabó el trabajo.

- ¿El viejo?

-Ha ido a ver qué tal les iba a De Paso y Atram. Creo que no tenía muchas ganas de compartir este momento con nosotros.

Aquello no tenía mucho sentido. El ritual siempre era importante en el Sabbat. Y Quatemoc era parte del Sabbat como era parte del mundo. El Sabbat y la cofradía lo eran todo para él. Eso y su pequeño secreto. Además, un ritual de Diablerie no se veía todos los días, de hecho, hacía bastante tiempo que no lo practicaban y esta podía ser la primera vez que lo hicieran sin la supervisión de un Obispo. Pero entendía la rivalidad que había entre el ductus y el voivoda. Eran dos alfas en una misma manada.

Mientras se limpiaba la sangre de la cara, intentó evocar cómo fue la última vez que presencié este rito allá en Ciudad de México y recordé varias horas de preparativos y una cantidad importante de hermanos reunidos. Aunque en esta ocasión, siendo en el campo de batalla y en territorio enemigo, no podrían esmerarse mucho en la elaboración.

Pantera estaba sentado delante del cuerpo de la tremere con los ojos cerrados. Parecía muy concentrado. Conocía bien al lasombra, pero al igual que ocurría con él mismo, había secretos insondables que guardaba para sí. Allí, en silencio, todo de negro y con la cabeza gacha, representaba justo el momento anterior al tatuaje que en ella asomaba, debajo del pelo, en la zona rapada de la derecha; un jaguar oscuro saltando sobre su presa. Era muy importante para el ductus. Su senda de iluminación, llamada por los eruditos del Sabbat El poder y la voz interior, basaba todo su credo en aprovechar y maximizar momentos como aquel, en los que se incrementaba el poder personal. Esto, que podría parecer filosóficamente contrario a los intereses de la secta, en realidad alentaba a los más fuertes de voluntad entre sus miembros a escalar puestos en la jerarquía y ser ellos, gracias a su valía, los que guiaran a sus hermanos.

Quatemoc nunca había dudado de la capacidad del lasombra para guiarles, pero no entendía por qué su relación con Pantera había cambiado, aunque fuese sutilmente, desde el día en que supo que él serviría también a la mano. Parecía sentirse traicionado y desde entonces lo que una vez fue una unión total, dejó de serlo. No obstante, su vínculo de sangre, reforzado noche tras noche mediante la Vaulderie de la manada, les unía aún más de lo que ya lo hacía su amistad, evitando que su eterna compañía mutua les llevase al tedio y al hastío y haciéndoles protegerse unos a otros incluso jugándose la vida.

-Beberemos antes de la diabolización. – Dijo el gángrel. - Así sentirás nuestro apoyo fraternal durante tu ascensión.

-...Sangre de nuestros hermanos, alienta nuestros pasos, otorgándonos el don de Caín ...- El mantra tantas veces repetido, resonaba en las paredes del laberinto mientras Lupus recogía su vitae en un improvisado recipiente. Introdujo también la sangre de Pantera y la de Quatemoc, que como siempre, tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la cordura y mirar para otro lado. Era conocido por todos en la secta, que los assamita antitribu, que no portaban la maldición de no poder tomar la vitae de otros vástagos, impuesta a sus hermanos no Sabbat por los tremere, sufrían en cambio la desventaja de ser adictos a ella y, por tanto, más descontrolados y peligrosos de lo normal en este tipo de situaciones.

Lupus acabó la preparación añadiendo un poco de polvo de plata.

-...ungida en plata de ley, daño de los hijos de la luna...- Este último detalle era la marca especial de la manada que les había enseñado La Bestia y que daba un toque místico a la mezcla, haciendo de la principal debilidad de sus enemigos jurados, los garou, su propio alimento para el alma.

-Bebamos. – Dijo Lupus con gesto solemne, aunque siempre con esa expresión de sorna característica de su persona.

Quatemoc se sentía incómodo siempre que llegaba este momento. La sed era dolorosa, pero beber podía serlo aún más. El momento de parar era casi insoportable. Como si a un adicto a la heroína o al opio se lo quitaran de las manos justo cuando empezaban a consumirlo. Durante su entrenamiento en la Mano negra, había aprendido a controlarse marcialmente, el alma sobre la materia. Podía evadir su mente y abstraerse, otra de las muchas cosas que tenía que agradecer a su militancia. Pese a todo, el fibroso guerrero indígena de cuerpo tatuado y lampiño, prefería evitar estas vicisitudes si no se daban en la intimidad de la cofradía. Tras sobreponerse a sus miedos, bebió.

La embriaguez de la Vaulderie invadía sus sentidos y todo era mucho más sencillo. Sus sentimientos a flor de piel recorrían como escalofríos de placer todo su cuerpo y su mente se regocijaba en pensamientos eufóricos y reconfortantes de amistad y devoción por sus cofrades. En este viaje lisérgico plagado de visiones y alucinaciones colectivas, acompañaron a Pantera en su ordalía, en su ascensión voluntaria por medio de la consunción, la comunión de su alma con la de un vástago de sangre más cercana a Caín.

Una hora más tarde, el efecto comenzaba a disminuir, pero Quatemoc ya llevaba mucho tiempo concentrado en sus tareas de vigilancia. Como si de un ángel de la Guarda de la manada se tratara, solía desplazarse oculto a cierta distancia de sus hermanos, utilizando sus disciplinas de ofuscación y extinción en una combinación que le mantenía sin ser visto ni oído.

La manada se movía rápidamente hacia las calles más céntricas de Atlanta, entre ruidos de sirenas de bomberos, policía y ambulancias. Sin duda sería una noche movidita en los noticieros locales de los mortales, mas ese mundo ya no significaba nada para el assamita antitribu.

La guerra que se estaba librando, la verdadera razón de lo que estaba ocurriendo, se desarrollaba a pocas manzanas de allí en todas direcciones. Decenas de vástagos y sus servidores batallaban por las calles y locales de la ciudad, tomando o defendiendo los puntos clave de unas defensas que habían perdido su mayor baluarte. Y todo gracias a ellos.

Pero la incursión podría haberles salido cara. Atram seguía incapacitada. En un letargo del que aún no habían conseguido despertarla, pese a que su existencia parecía no haber llegado a su fin. Algo la estaba manteniendo con no vida. Algo que Quatemoc no entendía, de momento.

Ahora, avanzaba sobre una terraza abohardillada a unos metros del grupo mientras se preguntaba cómo habría afectado la Diablerie a Pantera. Para los assamitas, la diabolización, había sido durante siglos la principal herramienta de poder y trato con el resto de clanes. Fueron ellos los que más la estudiaron y utilizaron y por eso mismo, fueron temidos y a la vez denostados por sus otros congéneres hasta el momento de la maldición. Pero él no conoció a los primeros Ángeles de Caín hasta que Strathcona le introdujo en la Mano Negra y, por tanto, no entendió el significado profundo de la consunción hasta que no fue instruido propiamente. Sospechaba que la gran mayoría de los cainitas rara vez se preocupaban de entenderla más allá de que la diabolización permitía ascender a un vástago uno o varios peldaños en la generación acercándoles en poder al primero de los suyos; más disciplinas, mejores armas y defensas y, en definitiva, posición y respeto. Pero pocos llegaban a entender lo que realmente significaba consumir y fusionar un alma de un ser más poderoso que uno mismo. Existían rumores acerca de cainitas que tras cometer lo que antiguamente también se conocía como amaranto habían llegado a ser poseídos por el alma más poderosa de su víctima. Aunque en general, las posesiones, eran explicadas por los estudiosos como locuras adquiridas por almas demasiado débiles que no eran capaces de asimilar el nuevo poder que acababan de absorber.

Se detuvo en una cornisa para echar un vistazo unas calles más adelante. Las avenidas estaban bastante vacías, pues, aunque se hubiese organizado un buen jaleo, eran las cinco de la madrugada y la mayoría de la gente aún dormía. Pero de pronto, vio algo que le llamó la atención. Entre dos edificios modernos, de los que solo albergan comercios y oficinas, surgió volando imposiblemente un coche que fue a estrellarse sobre otro, boca abajo, reventando los cristales y dejando ambos abollados y para el arrastre. En aquellas circunstancias, aquello sólo podía deberse a una trifulca sobrenatural. Tenía que tratarse de Corben, llegaban a tiempo de verle en acción.

Quatemoc saltó de la cornisa y se fue haciendo visible a medida que caía, pero su aterrizaje, no produjo el menor ruido. Pantera y los demás se acercaron al verle aparecer.

- ¿Qué fue ese estruendo, che? ¿Pudiste ver algo? – Antonio De Paso tenía la cara descompuesta y más pálida de lo que ya lo estaba normalmente.

-Podría ser Corben. – Fue la lacónica respuesta del assamita.

-Bien, pues entonces acerquémonos a comprobarlo. – Pantera hablaba con voz enérgica y segura. Estaba exultante, sin duda la diabolización le había sentado bien. - ¿Puedes ocuparte de Atram y mantenerla en un lugar seguro? – Inquirió al voivoda. - Necesito a De Paso y su ojo de halcón.

-Grrrrrr, No mie gusssta quiedarrme atrrasss. Ya lo sabesss. Tamfién yo puedo sierrr útil ssi ssse trrrrata de un combatie.

-Bestia, no tenemos mucho tiempo para andar discutiendo, el alba se acerca y sólo Corben nos puede proporcionar un refugio seguro a estas alturas. - El viejo tzimisce, gruñó y refunfuñó, pero esta vez atendió a razones.

Avanzaron por un callejón De paso, Pantera y el propio Quatemoc, mientras que Lupus daba la vuelta para acceder desde la avenida principal. Asomándose, llegaron a tiempo para ver como chocaban lo que parecían dos trenes de mercancías. El gigante Roger Corben, con la gabardina hecha girones golpeaba sin parar la cara de otro vástago, negro y con una chupa de cuero con cadenas, si cabe más grande que él mismo, que a su vez no paraba de intentar descoyuntarle abrazándole con sus poderosos brazos, al tiempo que le mordía el pecho. Había por allí cerca esparcidos algunos otros cuerpos, aplastados, desmembrados o decapitados, coloreados por la sangre. La hercúlea pelea, había convertido la calle en una escena de una película de catástrofes: coches volcados, cristales, puertas y muros reventados, sin duda se había cobrado muchas víctimas, mortales e inmortales. Y aunque la intensidad decaía, todavía algunos movimientos de los últimos dos contendientes, se desarrollaban a una velocidad inhumana.

Quatemoc conocía bien la forma de pelear de los cainitas del clan brujah y sus contrapartidas del Sabbat. Empleando celeridad y potencia, eran como héroes olímpicos, o superhéroes de cómic. Veloces, fuertes y violentos combates, hacían de ellos poderosos soldados para

cualquier batalla, sobre todo si se trataba de librarla de forma abierta y rápida. Pero perdían efectividad contra rivales con defensas físicas sobrenaturales como la fortaleza y eran vulnerables al daño agravado que producían las garras gángrel o la sangre assamita. No obstante, los combates entre brujah ancillae, que podría traducirse, en términos vampíricos, como veteranos, siempre eran interesantes y espectaculares. Y este, aunque cercano a su fin, no parecía decantarse claramente para ninguno de sus dos luchadores.

Según lo que pudo escuchar entre los corrillos antes de partir hacia la capilla, el Obispo Corben, iba a enfrentarse al sheriff Rake y sus ayudantes. Por así decirlo, los tipos duros que solía utilizar la camarilla para defenderse por la fuerza, aunque aquella no fuese nunca su mejor arma. Por lo visto, Rake y Corben, habían sido como hermanos mucho tiempo atrás, pero Rake, traicionó al Sabbat y se unió a la Camarilla.

Cuando los Silver Rockets se disponían a intervenir finalmente en el combate, una voz proveniente del callejón les previno de ello.

-Ni fe of ocurra. –Entre las sombras, por el mismo lugar por el que habían venido ellos, apareció la silueta con forma de cuatrero de Billy ‘el piños’. – Efa luchfa ef un afunto pefonal. – Había permanecido invisible a los ojos y las mentes mediante la ofuscación.

- ¿Y si Corben pierde? – Respondió pantera, sin parecer alterarse por la repentina aparición. – No podemos permitirnos que algo personal interfiera en la cruzada.

-No fa a pefdef. Pefo fi algo fa mal, eftamof pfepafadof. - El nosferatu antitribu señaló con la mirada bajo su sombrero hacia un punto en la misma calle central donde Quatemoc distinguió a Wyatt ‘Herpes’ agazapada, con varios cartuchos de dinamita preparados y jugando con un mechero.

- Aun así, nos aseguraremos. – La mirada que Pantera le dirigió a Quatemoc, no necesitaba de ninguna explicación, su coordinación había sido perfeccionada con el tiempo. - De Paso, ya sabes lo que hacer si la cosa se pone fea- El enjuto tzimisce, pese a no haber compartido tantas batallas, sin embargo, conocía también su función táctica y su papel estratégico. Con sumo cuidado, se colocó en posición de tiro y apuntó. Pero como si se tratase de una señal, en ese momento, un último golpe del Obispo, terminó de desarmar la resistencia de su adversario, que cayó al suelo derrotado.

Roger Corben sujetaba a Rake por las solapas de la destrozada cazadora de cuero. La cara desfigurada de su hermano de sire ya no era capaz de regenerarse y la sangre había dejado de brotar.

-Al final se ha visto quién se equivocaba de bando. – Dijo. Su mirada era una mezcla de compasión y alivio. – Has sido un gran rival, pero ya no eres mi hermano. A no ser... que quieras volver a serlo. – El bruja antitribu levantó una ceja, inquisitivo, aunque su rostro no mostraba muchas esperanzas. Los rasgos afroamericanos de Rake se contrajeron en una última mueca de odio.

– Acaba ya. – Escupió. Y Rake murió decapitado.

A las 6:00 AM llegaron al punto de reunión. La manada del Obispo había sufrido la pérdida de uno de sus miembros antes de que los encontraran, el Padre Andrés. Y por el camino, Quatemoc escuchó decir a Billy ‘el piños’ que él mismo se ofrecería como nuevo sacerdote. La noche comenzaba a clarear y todos estaban un poco expectantes por saber si conocerían el resultado de la cruzada en ese momento o habría que esperar a la puesta del sol y dormir en la inseguridad de poder ser cazados y destruidos por los sirvientes de la Camarilla. Corben les había llevado a lo que parecía un viejo hospital abandonado, donde podían verse signos de lucha y algunos cuerpos esparcidos por el suelo. Había grandes lonas cubriendo las ventanas del primer piso y varios de los cainitas que habían estado presentes en la reunión previa a la cruzada hacían guardia en el exterior o corrían atareados de un lado para otro. Mientras se abrían paso desde el hall principal, el Obispo se dirigió por primera vez a Pantera. Había permanecido en silencio durante todo el viaje desde que matara al Sheriff bruja de la Camarilla.

-Si estáis aquí, doy por sentado que habéis tenido éxito en vuestro cometido. ¿Alguna complicación o suceso que creas que valga la pena informar? – Con el sombrero y la gabardina bastante perjudicados a raíz de la pelea, no parecía de buen humor, aun cuando todo indicaba que al menos en parte, la batalla de aquella noche se había ganado.

Quatemoc vio como Pantera miraba a De Paso que lucía un rostro demacrado y un aspecto lastimoso, cargando al hombro a Atram ayudado por La Bestia, huraña y ensimismada desde el asunto de la diablerie. Y luego a la tremere antitribu que colgaba inconsciente con el vestido hecho trizas y sangre seca por todo el cuerpo. Tras unos pocos segundos de reflexión,

contestó.

-Nada de que informar, aparte de que la capilla y su regente han caído. – A lo que Lupus añadió. - Esos tramposos indeseables ya no serán un problema.

-No sabéis cuánto me alegra oír eso. La caída de la Capilla era fundamental. Lo creáis o no, la cruzada estaba en vuestras manos más que en las de ninguna otra cofradía.

-Ya te dije que ellos eran los indicados - El viejo y achaparrado general de la manada del obispo asomó repentinamente tras una lona y se acercó cojeando. Tras él, una imponente figura destacaba entre unos cuantos cainitas que venían en comitiva. Tenía el rostro adusto y afeitado, algo empolvado quizás, a la manera de siglos pasados. El pelo largo, negro y lacio, lo llevaba recogido en una cola de caballo. Unos profundos ojos azules miraban bajo la sombra de su pronunciado arco superciliar. El mentón elevado, denotaba un aire aristocrático que se reafirmaba con su largo abrigo de visón, no muy necesario en aquella zona y época del año.

- ¡Cardenal Strathcona! – La cara de sorpresa de Roger Corben le pareció a Quatemoc totalmente sincera. Casi desaparecieron los signos de cansancio y pesadumbre que habían invadido su rostro tras los últimos sucesos, cuando saludó calurosamente a su superior. El assamita antitribu conocía bastante al Cardenal como para saber el efecto positivo que ejercía sobre el resto de cainitas. Su maestría en el arte de las relaciones sociales era una herramienta que le había procurado un gran reconocimiento dentro de la secta incluso cuando la reputación de los hermanos del Sabbat normalmente no se apoyaba en tales habilidades, sino más bien lo contrario. El hecho de que Strathcona fuese uno de los pocos conversos que habían llegado a los más altos cargos, gracias a sus éxitos y su aplomo, le permitía gozar de algunas ‘libertades’ que eran observadas con menos recelo por sus seguidores y aliados. Aunque muchos lealistas y fundamentalistas seguían desconfiando de sus maneras refinadas y su empleo de la disciplina de presencia al modo toreador, lo cierto es que en los últimos años había marcado una nueva tendencia que otros líderes y sobretodo otros Templarios, como se llamaba a los pocos ventrue antitribu que militaban en la secta, comenzaban a usar de manera cada vez más descarada.

Su afabilidad y su manejo de la diplomacia era un soplo de aire fresco para cualquiera que apreciase valores humanos destacables como el respeto o el honor, no muy de moda en los últimos tiempos.

-Espero que tengamos buenas noticias, eminencia. Ha habido que hacer algunos sacrificios para llegar hasta aquí, sacrificios irreparables me temo. – El semblante del obispo, volvió a tornarse sombrío cuando pronunció las últimas palabras.

-Por mucho que nos pese, la única forma de mejorar es mediante el dolor y el sacrificio. Los cristianos nos han enseñado eso durante años, pero es fácil querer olvidarlo. – Stratchona, que posó una mano sobre el hombro de Corben, hablaba como un verdadero predicador. Sus palabras adornadas con sus gestos y su dominio de la presencia le daban un aura cuasi divina que provocaba la sensación de iluminación en sus oyentes. No era fácil resistirse al efecto, ni siquiera para un miembro de la Mano Negra.

– No obstante, me encuentro en situación de alegrar vuestros oídos. – El Cardenal elevó la voz, para ser escuchado por todos. - Según todos mis informantes, Atlanta ha caído. La ciudad ha sido tomada para nuestra causa. En otras palabras, la cruzada ha sido un éxito absoluto.

La algarabía en aquel hall del hospital abandonado fue general. Los allí presentes gritaron, vitorearon y aullaron de alegría. Incluso Quatemoc se permitió una medio sonrisa silenciosa y un pequeño sentimiento de satisfacción al ver cómo Lupus festejaba con La Bestia y De Paso que habían dejado a Atram en una camilla cercana.

La noche siguiente fue una continua fiesta desde el despertar. El Cardenal condujo los ritos junto con Corben y su manada. Se sucedieron las Vaulderies y se recomposieron algunas cofradías que habían quedado mermadas con la adopción de cabezas de pala supervivientes de la cruenta lucha de la noche anterior. Hubo muchos discursos de hermanamiento, victoria y necesidad de compromiso con la lucha.

Quatemoc ya los había oído todos, pero hasta ahora todo seguía igual. Al mundo no parecía afectarle lo que ellos pudieran conseguir, lo que el Sabbat y la mano se esforzaban por cambiar. Por cada ciudad que la secta tomaba, se perdían otras dos a manos de la Camarilla. Cada vez que parecía que la lucha se tornaba de su lado, sucesos circunstanciales volvían a poner las cosas en su contra. Tenía que ser verdad. La Yihad era real. Los Antediluvianos dirigían los hilos, controlaban a sus chiquillos de alguna forma para que todo se mantuviera como ellos tenían planeado.

Tenía que haber alguna forma. Su clan originario había luchado por encontrarla, la secta a la

que ahora pertenecía se debía a este propósito. ¿O no? Aquel era uno de los motivos por los que la Mano Negra existía. Solo unos pocos integrantes de este subconjunto del Sabbat conocían la verdad de su razón de ser. Era un brazo militar, sí. Una inteligencia en subterfugio para evitar que los planes se filtraran y cazar a los traidores, también. Pero en última instancia, por lo poco que había podido averiguar el asamita antitribu el tiempo que llevaba en ella, su mayor interés radicaba en descubrir si los altos líderes de la secta eran realmente independientes en sus juicios y decisiones y no servían a ulteriores poderes, como los propios Antediluvianos. De ahí, las rumorologías y teorías conspiranoicas acerca de que, algunos de sus líderes, eran controlados directamente por los tercera generación a los que ellos mismos diabolizaron en su día.

Las tribulaciones que le rondaban la tatuada y rapada cabeza al asamita, quedaron en un segundo plano en el momento en que De Paso anunció a todos que Atram había despertado. El templario tzimisce estaba exultante, no paraba de hablar y de intentar explicarse lo que había podido suceder, discutiéndolo con La Bestia. Lupus en cambio no perdió tiempo en exigir que había que celebrarlo y que lo harían hermanados con la banda del Teclas. Y mientras tanto, la tremere antitribu, permanecía allí en pie, junto a los demás, como siempre sonriente y silenciosa. Pero había algo en su mirada. Algo que Quatemoc no había visto nunca en sus ojos. Como un aura de madurez y de sabiduría que no había poseído hasta ese momento. Y justo cuando empezaba a decidirse a entablar conversación con ella, Atram habló.

-Quiero decir algo. – la taumaturga hizo gestos para llamar la atención sobre el resto de sus hermanos de manada. – Es importante.

-Dale, che, ¿de qué se trata? ¿Recordás ya lo que te sucedió allá adentro? –

-Pese a que no sé exactamente qué me ha pasado, quiero pedirlos un favor, como hermanos míos que sois. – Atram hablaba despacio, como eligiendo bien las palabras.

- A partir de ahora me llamaréis Lilith, ya que, aunque en apariencia soy Atram, la misma cainita que conocíais y apreciabais en mayor o menor medida, ya nunca más seré solo ella. Allí en la capilla me sucedió algo. – Hizo una pausa y su expresión se tornó evocadora, con la mirada perdida en el infinito. - Algo que no sé si ha sucedido alguna vez antes y que no se si podría explicar. Pero por lo que he podido entender durante este periodo que he permanecido ausente del mundo, algo de mí murió bajo la Gárgola y un nuevo yo surgió.

Cuando terminó, todos quedaron en un incómodo silencio durante unos segundos. El propio De Paso miraba al suelo como avergonzado mientras la Bestia chasqueaba la lengua y ponía cara de hastío. Quatemoc sabía que la mayoría pensaba de la taumaturga que era una iluminada fantasiosa a la que le encantaba imaginar cosas imposibles. Por eso, seguramente, Lupus intervino oportunamente.

- ¡Lilith pues!, ¡Brindemos por Lilith!, la nueva integrante de Silver Rockets. Nueva, aunque ya conocida. – la agarró por la cintura mientras giraba bailando con ella.

Pero el assamita antitribu había percibido realmente algo nuevo. Esta vez no parecía que fueran fantasías. Aunque, pensándolo detenidamente, puede que en realidad nunca lo hubieran sido y simplemente, el resto no fuese capaz de percibir aquellas realidades. También podría suceder que la tensión de las últimas horas le estuviera jugando una mala pasada y él mismo estuviera imaginando cosas.

Pantera entonces, dijo: - Bien está pues, Lilith. Celebraremos con los Cosechadores tu regreso. O tu renacimiento – se corrigió a sí mismo - y luego Bestia, Quatemoc y yo nos reuniremos con el Cardenal - Al assamita le sorprendió, en un primer momento, que su líder eligiese a Bestia en lugar de Lupus para acudir a ver al Cardenal. Después de todo, Lupus gozaba de mayor confianza y era el candidato principal a sacerdote. Mas pensándolo bien, podía entender que el lasombra quisiese, por un lado, dar descanso al gángrel antitribu y dejar que disfrutara de la celebración y, por otro, limar asperezas con el tzimisce.

Una hora más tarde, el cuartel general improvisado en el último piso del edificio del hospital parpadeaba por la iluminación de un tubo fluorescente desajustado. Unas mesas habían sido dispuestas para albergar mapas y alguna consola de ordenador. También había unas cuantas pantallas situadas en un panel a un lado que contenían las imágenes de las cámaras que se habían repartido en diversos puntos de la ciudad por orden del Cardenal.

Cuando llegaron, Stratchona, Corben y el General Lee atendían a las explicaciones de una nosferatu antitribu, oronda y de aspecto obscuro y desaliñado, que señalaba con una antena de coche arrancada a un tríptico en la pared en el que había pegadas varias fotos, en su mayoría tachadas.

-Aún no se sabe nada de la extraña desaparición del príncipe Bénison, pero con la caída de la

capilla, la destrucción de Rake y el elíseo desmantelado, los pocos ancianos que se escondieran aquí estarán ya a cientos de kilómetros de distancia.

-Y ¿quién es posible que escapen?, ¿No se les corren las salidas? – Al ceñudo voivoda parecía incomodarle mucho la fuga de potenciales diableries. Y como siempre, no le importaba saltarse el protocolo e interrumpir la exposición. Podría ser que el ductus finalmente se hubiera equivocado al traerle. Pero esta vez, no pareció incomodar demasiado a los presentes.

La propia nosfe antitribu contestó a la pregunta. -No tenemos forma de controlar las alcantarillas. Pero ellos no se entrometerán. – Quatemoc sabía que se estaba refiriendo a sus contrapartidas los nosferatu camarilla. – Se limitarán a no entrar en nuestro territorio.

-Ya se están entrometiendo. Estos viejos titeres deberían servirnos de alimento. Los que escapen hoy, mañana volverán a combatirnos.

-Tenéis razón, lord Bestia. – El trato del Cardenal hacia el viejo voivoda pareció agradarlo en gran medida, aun así, gesticuló como diciendo ‘evidentemente’. - Pero como ya sabéis, nuestra influencia es limitada en ciertos lugares, al igual que nuestros recursos y, por ello, debemos evitar confrontaciones que no nos llevan a ningún sitio si queremos alcanzar algunos objetivos mayores.

-Cedemos allí, para ganar aquí. – Añadió el viejo general Lee.

La cara de Bestia era de espanto. Quatemoc conocía lo suficiente al tzimisce como para saber que los motivos estratégicos y sobre todo los más retorcidos, le resultaban aberraciones sin sentido. Por eso no se sorprendió cuando Pantera, ante la tensa mirada de Corben, cortó rápidamente la respuesta de su camarada.

-Por supuesto, eminencia. Pero por favor, continuad. Nos encantaría conocer la situación en toda su magnitud, para poder aportar y ayudar en todo lo posible. – Mientras decía estas palabras, lanzó una mirada a La Bestia, intentando que captase que debía dejar el tema. Por suerte, el voivoda era consciente de la autoridad que ostentaba un Cardenal y no volvería a caer en un juego como el que entabló con el obispo. Se limitó a mantener su cara de disgusto, que, por otro lado, no era muy distinta de la que tenía siempre y adoptó lo que al asamita antitribu le pareció una actitud desinteresada.

-Ah, bueno, Pantera, sin duda podéis escuchar los detalles de la cruzada y de lo que haremos a partir de ahora para mantener lo conquistado. Pero ese no es el motivo por el que quería hablar con vosotros, ya que no es en Atlanta donde os necesito en el futuro más próximo.

La noticia dejó a Quatemoc tan sorprendido como al resto de sus cofrades allí presentes. El general Lee, sin embargo, sonreía como un colegial que no podía esconder lo que sabía, mientras que Corben continuaba la charla con la nosferatu antitribu como si la cosa no fuera en absoluto con él.

-Disculpadme, hermanos. Luego continuaremos – Strathcona condujo a Silver Rockets entonces a una sala aparte. Esta era más pequeña y estaba menos atestada de muebles. Allí se acomodó tras una mesa y juntó las manos apoyando los codos cuando empezó a hablar.

-Me han dicho que Atram se ha recuperado, ¿Es cierto?

-Así es, eminencia. – Contestó Pantera.

-Me alegra oírlo. Sería una grave pérdida, dada la facilidad con la que están siendo diezmados los tremere traidores a su clan. Cada vez quedan menos y son de gran ayuda para el Sabbat. Aunque seguro que eso ya habréis podido comprobarlo. ¿No es así?

-Si no hubiera sido por ella, no habríamos logrado entrar en el corazón de la capilla. El señor De Paso la protege bien...–

-El señor De Paso no pudo evitar que casi la destrozara una gárgola. – Le interrumpió el cardenal. – Ninguno de vosotros pudisteis. Pero no te martirices por ello Francisco. – El que su superior usara el nombre de pila de Pantera, mostraba que era de los pocos vástagos que conocían los secretos de la sombra y como Quatemoc sabía, los de él mismo y la totalidad de los Silver Rockets. – Lo importante es que siga con nosotros. Ahora más que nunca. Pues seguro que jugará un papel importante en lo que está por venir. – Las palabras del Cardenal eran como una premonición. Casi parecía que estuviera anunciando una profecía. Por un momento, Quatemoc recordó la cháchara sin sentido del gato con el que hablaron en la Capilla tremere. Pero decidió que se guardaría aquel recuerdo para sí mismo y sus hermanos de manada. La larga pausa que hizo el ventrue antitribu con los ojos fijados en el infinito provocó que La

Bestia terminara por impacientarse. – ¿A quié se refiere su eminencia? ¿Es que ya está aquí la Gehenna? – El Rostro del viejo tzimisce era de bromista, lo que indicaba que su pregunta era más bien una ironía... aunque con el voivoda nunca se podía asegurar.

-Caín no lo quiera, amigo mío. – la pregunta había sacado a su eminencia de sus cavilaciones. - Aunque el peligro de que ésta se nos eche encima se acrecienta cada día, con cada paso que da la Camarilla, con cada movimiento de uno de nuestros más viejos enemigos. -Mas, como sabéis, hay otros poderes que nos acechan, otras lacras que nos acucian. – Tenía las manos repletas de anillos de oro, plata y gemas. Pudiera ser que, para recordar los títulos ostentados en su otra vida, o simplemente, un fetiche adquirido con los años. El caso es que producían un efecto atrayente y le hacían parecer más interesante. – En los últimos lustros, una de las debilidades que más han perseguido a nuestra secta ha sido la pérdida del infernalismo. Tú Francisco, conociste de primera mano su mancha y los efectos que puede provocar en un cainita y lo que es más importante, los efectos devastadores que supone para los que le rodean sin saberlo. -

La Bestia había cambiado totalmente de actitud en el momento en que el cardenal pronunció la palabra infernalismo. El asamita antitribu observó que ahora escuchaba con los ojos muy abiertos y toda su atención. Por su parte, Pantera parecía haber recibido un fuerte impacto emocional cuando Strathcona sacó a relucir su pasado. Quatemoc, había oído hablar de ello, por supuesto, y, de hecho, habría sido una de las marcas más buscadas por los integrantes de la mano negra, de no existir...

-La Inquisición se ha ocupado durante siglos de mantener a raya a aquellos descarriados que han sucumbido a las falsas promesas y las envenenadas dádivas que las entidades demoniacas vierten sobre nuestros hermanos. Casi siempre con bastante éxito, todo hay que decirlo. Pero el anhelo de poder y la impaciencia de muchos jóvenes vástagos, hacen que esta enfermedad se reproduzca una y otra vez, en los lugares más insospechados y con las almas que menos nos podríamos imaginar. Ese fue el caso de Sangris. Un Cainita como pocos de los que haya conocido. Fuerte, voluntarioso y capaz. Tan valiente como el que más. Aferrado a sus principios y sus hermanos. Un buen amigo, de hecho. Pero fue tentado y sucumbió. Se perdió su alma para siempre y hubo de ser destruido.

-Esto ocurrió hace tiempo ya. En Montreal. Nuestra joya. Para mí la capital cultural del Sabbat en el mundo. Un baluarte de nuestra secta, si me lo preguntáis. Si cayera Montreal, estaríamos

perdidos. Y os diréis, ¿por qué? Si la Regente habita en México DF y hay otras muchas ciudades de los Estados Unidos y Europa que pueden ser más fuertes y estratégicamente mejor posicionadas.

- La fe. El conocimiento. Los principios morales que sostienen nuestra causa. Todo ello habita en la ciudad de los mil Campanarios. Cofradías centenarias atesoran nuestros más oscuros secretos, nuestra historia, nuestro arte y nuestras creencias. En definitiva, el alma del Sabbat. Los Pastores de Caín, los Bibliotecarios, las Viudas y otras muchas manadas, son leyendas de la secta. Memoria andante de la que aprender y con los que compartir nuestro legado.

-Pues bien, en estos momentos, un temor me invade en relación con dicho lugar. Un viejo amigo mío, en el cual confío y al que venero por su sabiduría y conocimiento del mundo de lo oculto, ha desaparecido. Posiblemente haya muerto. Este hecho inesperado y triste se une a un momento delicado para el equilibrio de poderes que gobiernan la urbe. Cainitas jóvenes y reivindicativos presionan al poder establecido para que avance en la lucha contra la camarilla, algo normal y saludable en cualquier ciudad Sabbat que se precie. Pero allí, las malas relaciones entre cofradías se están convirtiendo en una bomba de relojería que podría acabar en guerra. Zhou, mi amigo, había estado investigando una serie de sucesos aparentemente inconexos a los que trataba de dar una explicación metafísica. Algo que, según él, podría estar alterando las barreras sobrenaturales que un día se crearon para protegernos de las entidades ultraterrenas que nos acechan y escapan a toda posibilidad de control por nuestra parte. Si algo así estuviera ocurriendo y Montreal estuviera realmente en peligro, no podemos permitir que nos coja desprevenidos y menos aún en plena lucha interna. Por no hablar de que seguramente, la Camarilla aprovecharía cualquier atisbo de debilidad para desestabilizarla y hacerse con nuestra joya.

Por tanto, es preciso que me ocupe de este asunto personalmente, pero ahora mismo, me es absolutamente imposible, dada mi posición y mi tarea aquí, en Atlanta. No sé el tiempo que me llevará organizar y reforzar nuestra nueva conquista y por eso necesito que, hasta que llegue ese momento, seáis mis ojos y mi voz allí.

- ¿Quiere que viajemos al Canadá? – La Bestia puso voz a los pensamientos de todos.

-Efectivamente Lord Bestia, eso es lo que quiero.

El resto de la jornada, Se dedicaron a terminar de celebrar la victoria y a despedirse del resto de cofradías, en especial de los Cosechadores, con los que habían desarrollado un vínculo más estrecho. Las atenciones de Lupus hacia ellos y el gusto común por la música y la diversión, hacían de ‘el Teclas’, ‘el Estirao’ y Sid, la manada más afín a Silver Rockets. Quatemoc no era mucho de celebrar, y al contrario de sus cofrades, a excepción posiblemente de la Bestia, tampoco era especialmente sociable. Por eso estaba apartado y taciturno, inmerso en sus cavilaciones cuando la cainita llamada Sid se le acercó.

- ¿No te gusta divertirse? – Vista de cerca, la pálida y delgada miembro de los cosechadores tenía un aspecto mucho más felino. El pelo que le caía lacio sobre la cara le ocultaba los ojos. Pero una mirada más detenida, dejaba entrever las pupilas e iris de gato. Un rasgo común entre los gángrel de ciudad. Quatemoc permaneció en silencio sin saber muy bien qué responder pues aquel acercamiento le había pillado completamente desprevenido. No podía negar que se había fijado en ella desde el principio. También parecía solitaria. Un par de veces, ‘el Teclas’ había bromeado con Lupus a cerca de su supuesto autismo. – A mí tampoco me gusta hablar. – añadió ronroneante - Sólo lo necesario – Y se colocó a horcajadas sobre él acercando su boca al cuello tatuado al tiempo que gemía y sacaba sus colmillos. El assamita antitribu la tomó a su vez de la muñeca y abrió su carne succionando el oscuro y tibio fluido. Un placer inenarrable recorrió el cuerpo de Quatemoc, haciéndole olvidar por unas horas, la inquietud que le producía el viaje que emprenderían la noche siguiente.